

## XXII

## Grito de alarma.

¡Madre de familia, alerta! Va á pasar, ya pasa el ser maldito que va á herir el alma de vuestros hijos.

En guardia, madres, y preparaos á la lucha.

¿Os acordáis de esa página, llamada *la vuelta del demonio*, que tanto os ha impresionado?

Entonces era una leyenda; pero hoy la realidad ha llegado.

Pasa el demonio, y el mal que produce al pasar no es marchitar la flor en su tallo, ni dar la muerte al pajarillo en su nido, ni obscurecer el azul del cielo, no; es la pureza de vuestros hijos la que pierde su delicadeza, es su fe tierna la que muere; es, madres, vuestro sentido cristiano el que se debilita; y poco á poco os deja indiferentes al mal de las almas.

En guardia, madres: sacudid vuestra somnolencia y preparaos á la lucha.

-e-

¿No oís dentro de vosotras y alrededor vuestro ese ruido sordo y acompasado, interrumpido por un silencio más ó menos prolongado que adormece la vigilancia, y renovándose luego con más duración, ó volviendo á cesar luego, lo mismo que ruido que se oye en un navío á punto de abrirse y ser invadido por las aguas?

Este ruido es el grito de vuestra conciencia que os advierte, y que vosotras hacéis callar porque os molesta; es la advertencia menos clara y distinta quizá, pero no menos real, del ángel custodio de vuestro hijo.—Lo que lentamente se entreabre y se hunde, es el escudo de la fe de que habla San Pablo, que rodea y preserva el alma de vuestro hijo; son las prácticas cristianas de todos los días: oraciones en común, asistencia regular y en familia á la santa Misa, respeto á la palabra de Dios y á las enseñanzas de la Iglesia, sumi-

sión generosa á la voluntad de Dios para los acaecimientos dolorosos. Esas aguas que invaden la familia son el *naturalismo* y el *sensualismo*.

### I.— EL NATURALISMO

El naturalismo es la razón humana tomando el lugar de la revelación; es la palabra del hombre poniéndose en vez de la palabra de Jesucristo; es la industria humana sustituyendo á la acción divina.

El naturalismo es la desaparición de la influencia de Jesucristo y de su Iglesia en la vida de la familia; es el aniquilamiento del recuerdo de Dios, cuyo nombre poco á poco deja de ser pronunciado; es el hábito de pasarse sin Dios en todas las cosas.

He aquí el espíritu malo, que nos invade poco á poco.

Cuando se ha proscrito á Dios públicamente de las escuelas, esta proscripción excitó vuestra indignación, y vosotras, vosotras encargadas de la educación del hogar, ¿no

le proscribís todos los días, casi sin daros cuenta?—La fe es una luz que hay que mantener y preservar.

¿En dónde están ahora esas preciosas palabras de la madre cristiana: «Haz esto, hijo mío; con eso darás gusto á Dios; no hagas esta acción que desagrada á Dios?»

¿En dónde está ese recuerdo de la presencia continua del buen ángel, que no se separa jamás de su hermanito, que se pone triste cuando este hermanito no se porta bien, y se alegra cuando es bueno, piadoso, obediente, caritativo?

¿En dónde está ese libro de imágenes representando la vida del niño Jesús, tan asiduo cerca de su santa Madre, tan afectuoso para con el pobre, tan activo en el trabajo; ese libro de imágenes mostrando, bajo las formas más variadas y más graciosas, la bondad, la misericordia, la amabilidad de la Santísima Virgen, madre de Jesús y madre nuestra?

¿En dónde están esas pequeñas privaciones del viernes, que consistían en reservar para

un pobre una parte de los postres, y en la tarde del mismo día ese beso respetuoso á las llagas del crucifijo?

¿Cuántas madres podrían en el día de hoy oír de los labios de su hijito esta palabra, inspirada sin duda por el ángel de la guarda: «Madre, por qué ya nunca me hablas de Dios?»

-e-

Y cuando el niño ha crecido, ¿no se le retiran, desde el momento en que se puede y cuanto se puede, los libros que hablan de Dios? ¿No se quita lo más que se puede del tiempo consagrado á los estudios religiosos, para dar, primero *más tiempo, y después todo el tiempo* del día á estudios profanos?

¿No se dice con una sonrisa que si no es desdeñosa parece serlo: *este libro no es sino un libro piadoso?*

¿No se emplea excesivo lujo en tener hermosos volúmenes de Historia y de Ciencia, ricamente encuadernados, mientras no se hallan sino ediciones vulgares de los libros que contienen la palabra de Dios?

El más pequeño libro clásico, gramática ó ciencia, lo tenemos elegantemente ilustrado, y el catecismo no ofrece sino páginas sin atractivo para la vista del niño, que se acostumbra á tratarlo con menosprecio.

Si todavía se conservan en las alcobas algunas imágenes piadosas, se han ido quitando de las salas de recepción.

No se avergüenzan de lucir allí un grabado ó una estatua inconveniente bajo el pretexto de que es una obra de arte, y se avergonzarían de dar el lugar de honor á una imagen de Jesucristo. Un extranjero que entrase á esa morada, ¿no reconocería la casa de un pagano más bien que la de un cristiano?

Hay siempre tiempo para prepararse á una fiesta profana; son los primeros en presentarse en una tertulia muchos cristianos que son los últimos en llegar á la santa Misa, diciendo por lo regular: «Todavía hay tiempo de llegar.»

¡Oh madres, madres á quienes ha confiado Dios la santificación del hogar! ¿No sentís que

un soplo nefando ha pasado por vuestra casa y ha penetrado hasta el fondo de vuestra alma? Aun es tiempo: levantáos y hacéos firme, generosa y aun minuciosamente cristiana.

Yo no os acuso de proscribir á Dios, pero os acuso de no conservarlo allí donde el bautismo le había hecho entrar; os acuso de permitir que invadan el alma de vuestros hijos la futilidad, la ciencia razonadora, la curiosidad, que poco á poco se hace perniciosa, y el olvido del nombre de Jesucristo.

¡Ay! Cuando llegue la hora en que, más avanzados en edad y agobiados por la tristeza, tengáis necesidad de ser fortificados y consolados por vuestros hijos, si esos pobres hijos no hallan á Dios en el fondo de su alma, ¿qué os harán sus caricias y sus palabras humanas?

(Seguirá el sensualismo.)

## XXIII

### Lo que caracteriza á los santos.

Lo que caracteriza á los santos es que están siempre contentos.

Un santo es una pobre criatura humana, muy convencida de que *es nada*, que tiene *nada*, que puede *nada*.

Una pobre criatura humana que ha oído el llamamiento de Dios, y que en su miseria ha ido simplemente á Él, se ha unido á Él, se ha dado á Él y le ha pedido la gracia de servirle. Y he aquí cómo bajo la dependencia de Dios, haciendo todo lo que puede por no desagradarle, volviendo á Él desde que se apercibe haberse algún tanto alejado de su Dios, contenta del trabajo que le manda y viviendo en calma apacible, feliz, segura de que Dios, siempre bueno, siempre sabio, siempre misericordioso, la amará como una madre ama á su hijo, con la diferencia de que una madre no puede todo lo

que quiere para su hijo, y Dios lo puede todo.

Una madre puede engañarse en los cuidados que tiene para con su hijo, y hacerle mal en el momento mismo en que procura hacerle bien; pero Dios no puede engañarse, y todo lo que hace es bueno.

Una madre no puede impedir acontecimientos que han de entristecer á su hijo, ni desviar los accidentes que podrán dañar á su salud ó á sus bienes; pero Dios lo puede todo, y si no detiene los malvados planes de las criaturas racionales, puede siempre modificar ó atenuar los efectos.

Una madre, á pesar de sus ardientes deseos, no puede endulzar todas las amarguras de la vida, no puede trocar en alegría todas las penas, no sabe sacar bien del mal: Dios puede todo eso.

Una madre, en fin, no está siempre cerca de su hijo; es necesario que le deje alejarse, y que ella misma se aleje, y esto es para el uno y para la otra una pena desgarradora; pero

Dios está siempre cerca de quien le ama y le sirve.

¡Oh! ¡Verdaderamente son dulces, buenos y apacibles estos pensamientos! Si estuviesen profundamente grabados en nuestro corazón é hicieran en cierto modo una parte de nuestra vida, ¡cuánto gozo nos darían! ¿Cómo, pues, admirarse de que los santos, á quienes eran tan familiares, estuviesen siempre contentos?

—o—

Y ¿qué hay que hacer para que estos pensamientos nos rodeen y penetren, haciéndonos vivir con la vida que producen?—Ser para Dios como un niño amante es para con su madre, trabajando con ella y cerca de ella, esperando todo de ella, haciendo todo por ella, contando completamente con ella; en una palabra, ser *santo*, porque un santo no es sino esto; pero esto *es todo*.

Y no es que el santo no tenga sus horas de sufrimiento. Tiene, como todos los otros, sentidos impresionables á la intemperie de

las estaciones y á los dolores de la enfermedad; tiene el corazón delicado, y siente vivamente las inconsideraciones, los olvidos, las malevolencias y las ingratitudes; tiene el espíritu vivo y penetrante, y ve con exactitud las faltas de los demás, su orgullo, su fatuidad... Pero todo esto, antes de llegar á él, pasa, por decirlo así, á través de la voluntad de Dios; pierde una parte de lo que tiene de duro, de punzante, de amargo, y de tal modo llega y produce en su alma un efecto que no pueden imaginarlo aquellos que no son santos.



La alegría en los sufrimientos, la paz en las humillaciones, la sonrisa en medio de las lágrimas que arranca el dolor, el deseo de los sufrimientos, el entusiasmo en las privaciones, la dicha en el desprecio, la paz y la serenidad para con las personas antipáticas ú hostiles, el amor á todo trabajo duro y penoso... son actos ridículos á los ojos del mundo, imposibles ó exagerados á los ojos de los

cristianos ordinarios, simples y naturales á los ojos de los santos, y la historia de la Iglesia nos los muestra en cada una de sus páginas.



Además, en lo por menor de la vida los santos están siempre contentos de la acción de Dios sobre ellos. Encuentran bueno todo lo que Dios quiere, todo lo que permite, todo lo que hace. Viven en paz, en tranquilidad, en la alegría; no se quejan ni de sus superiores, ni de su familia, ni de su posición, ni de su vida ignorada, desconocida, aun despreciada, ni de sus sufrimientos físicos. Sirven á Dios con toda la fidelidad que les es posible; aman á Dios con todo su corazón; se sienten amados por Él, y esperan en paz la hora de reunirse con Él.

¡Oh, qué hermoso es ser santo!

## XXIV

## Fotografía de una mujer mundana.

Duras son las palabras que vamos á copiar. Saliendo de nuestra pluma parecerían exageradas, y quizá las rechazarían; procediendo del corazón emocionado de aquel que en Ginebra reemplaza al dulce pero enérgico San Francisco de Sales, Mons. Mermillod, serán por lo menos acogidas con respeto.

¡Oh! Dejadlas, dejadlas penetrar con su terror hasta las profundidades de vuestra alma, mujeres mundanas, si estas páginas llegan hasta vosotras. Y si hacen nacer un remordimiento, no lo arrojéis como importuno; el remordimiento es la voz de Dios, y cuando el remordimiento es rechazado sucede á menudo que Dios no habla ya.

—\*—  
¡Oh, si pudiera verse el alma de una mujer mundana!

Descended á ese interior. ¿Podrá tener esa alma alguna idea elevada, una razón desarrollada, cuando toda su vida está consagrada á las preocupaciones de una tertulia, de una fiesta en donde quiere brillar, cuando toda su vida es una correría á través de los tejidos?

¿Qué existencia es ésta sino la de las futilidades por excelencia, futilidades en el vestido, futilidades en la conversación, futilidades en los sentimientos? Nada más que esto.

Y al lado de estas futilidades, á pesar de este pequeño prestigio, de esas cosas brillantes, de esas gasas fascinadoras, hay las cosas humillantes, como las transacciones culpables, los compromisos con la conciencia, las debilidades de palabra, algunas veces las debilidades del corazón; y como las cobardías del sentimiento, las traiciones hechas á los grandes derechos de la verdad, á la virginal ortodoxia de la Iglesia, y por consiguiente, conforme yo lo decía, compromisos más ó menos humillantes, bajezas de ánimo, vilezas

del corazón, cuando á más de todo esto no se llega á cosas culpables.

Acordáos de que algunas veces el sendero es fácil, el camino rápido, la marcha acelerada; se va con toda velocidad de la futilidad á la humillación, algunas veces á las grandes caídas.

Creéis que es fácil permanecer siempre de pie en el mundo; os fiáis en vuestra virtud, os formáis una muralla de vuestra misma persona; pensáis estar rodeados de una majestad suficiente para protegeros, y no tenéis sino un pedestal de barro, y este barro bien pronto va á caer y ser hollado.

¡Cuán ligera y frívola es el alma mundana!

Nada hace mella en esta alma: ni los temores de un marido que le muestra una fortuna vacilante; ni la enfermedad, ni el dolor, ni el temor de los remordimientos; ni la vista de una hija joven que crece más y más, y que quizá ambiciona ya los triunfos vanidosos y culpables de su madre.

¿El mundo podrá acaso prestar á esta mujer

un apoyo para el cumplimiento de su deber? El deber sería, señoras, no hacer brillar todo ese lujo de vuestros vestidos, no poner sobre vuestras cabezas el pan del pobre, no colocar... , iba á decir sobre vuestros hombros... ¡en ellos nada os ponéis! sería, digo, no colocar en vuestras manos, en vuestros brazos, lo que sería la vida de una multitud de enfermos y de indigentes.

¿Podrá ser el mundo un apoyo para el deber cuando, al separaros del hogar doméstico, os vais gozosas y ricamente vestidas al torbellino de una fiesta, dejando el cuidado de vuestro hijo á manos mercenarias? El niño crece, debería hablar al corazón de su madre; pero una mujer mundana no tiene sino un corazón frío; obra como si no fuera madre. Más tarde expiará dolorosamente las horas que haya perdido en vanos placeres.

—\*—

Otro obispo, M. de Coutances, ha completado este cuadro. Nos muestra á la mujer mundana con la imaginación y el espíritu

invadidos por las novelas que lee, y nos la muestra dejando estos libros infames, con un descuido culpable, en las manos de todos los de su casa, y dice:

—¿A quién pediréis que cumpla con su deber? ¿A la madre que lee malos libros? ¡Pobre madre! Su cuerpo estará en el hogar, pero su alma estará muy lejos de allí. Vive en un mundo fantástico: no tiene ojos, ni oídos, ni pensamiento, ni corazón, sino para el héroe ó la heroína de su novela. — Pero ¿no veis el desorden que reina en vuestra casa?, le diréis. — Ella sueña. — ¿Hay inmoralidad en vuestros criados?— Ella sueña. — ¡Vuestro marido fatigado, se enoja y murmura!— Ella sueña. — Vuestros hijos están abandonados. — Ella sueña. — ¡Ellos se pervierten!— Ella sueña. — Están enfermos, reclaman cuidados imperiosos, su vida está amenazada. — Ella sueña. Nada puede despertarla. Tiene en la cabeza muy distintos nombres, y en el corazón muy diversas solicitudes.

¿A quién pediréis que cumpla con su de-

ber?—¿A los hijos?—¿Predicaréis á la joven la humildad, el amor á su condición, el culto del honor?— Ella se alimenta de malas lecturas; se ocupa de vestirse, de atraer las miradas, de cautivar, para abrirse paso para las riquezas y hacerse un porvenir.

¿Predicaréis al joven la sumisión, el respeto á la autoridad paterna?—El ha visto en todas las novelas destruída y burlada esta autoridad; á sus ojos es una tiranía, cuyo yugo sufre gimiendo, y que aspira á romper lo más pronto posible.

¡ Pobres niños! Han perdido la fe; han perdido la virtud; no conocen, por tanto, su deber.

¿Cómo queriais, después de esto, encontrar la dicha en la familia? ¡La dicha! ¿Puede acaso gustarse en el desorden, en el olvido del deber, bajo un cielo negro y lleno de tempestades? ¿La dicha, pobres padres? Pues considerad á vuestra hija teniendo su corazón enfermo, mirad sus ojos en los que brilla la concupiscencia, su rostro en que se pinta

la melancolía, sus labios sin sonrisa, su alegría desvanecida.

¿La dicha? Pues observad á vuestro hijo, vuestro hijo ocioso, sin gusto para el trabajo; á vuestro hijo que gasta, que se divierte, que arroja al soplo de las pasiones el vigor de sus verdes años; á vuestro hijo, que camina á grandes pasos á deshonorar vuestro nombre.— ¿Y quién podrá detenerlo en esta pendiente?— ¿Su periódico, sus novelas, que le han enseñado que no hay Dios? ¡Ah! Ellas han abierto la brecha: las olas se precipitan con tal violencia que ningún obstáculo podrá contenerlas.

### XXV

#### Receta para obtener la verdadera belleza.

Sí; es un deseo legítimo el de ser hermosa, tener una fisonomía que atraiga, una mirada que fascine, un conjunto que agrade, que encante, que entusiasme.

Pues bien, todo esto es posible en cierto grado. Basta que nada haya realmente disforme en el exterior... y aun la deformidad que desagrada á primera vista acaba por no chocar cuando la persona sabe hacerse amar.

El foco de la belleza está al mismo tiempo en el alma y en el corazón; el rostro es el cristal á través del cual se manifiesta el cuadro que hay en el fondo del alma; los ojos y los labios son como la corola de una flor que se abre por sí misma para exhalar el perfume del corazón.

El cuadro del interior, que deja ver el rostro, está formado de dos rasgos que son como su base: la inocencia y la bondad; uno reside en el alma y el otro en el corazón, derramando desde allí su influencia sobre todo el ser, y reuniendo en el rostro su irradiación dulce, apacible, luminosa. El que es inocente y bueno, es siempre hermoso, aunque haya diferentes grados.

Lo que es la inocencia, no sé decirlo; pero siento el atractivo que ejerce sobre mí cuando dos niños, por ejemplo, se ofrecen á mis miradas con el mismo encanto exterior; pero uno con el alma pura, y el otro con el alma viciada.

La inocencia, ese estado del alma que no tiene pecado, y sobre todo que no ama el pecado, atrae en cualquiera parte en que se encuentre, y, sin embargo, no es en todas partes la misma.

Atrae en el tierno niño, que no tiene conciencia de poseerla, y hace nacer en los labios de quien le ve una sonrisa de felicidad.

Atrae en el joven, que la deja ver en su mirada tranquila, apacible, reposada; allí tiene algo de más gracioso, y produce una impresión de paz.

Atrae en la madre, que la deja irradiar á través de una aureola formada de sufrimientos y de abnegación, y hace experimentar un sentimiento de admiración.

Atrae en el anciano, en quien se mues-

tra más magnífica porque deja comprender los combates que ha debido sostener, y hace nacer un profundo sentimiento de respeto.



Pero la inocencia no basta para hacerlo realmente hermoso, con esa belleza que se concibe más bien que se define, y cuyo tipo encuentro en algunas figuras del Salvador pintadas por Fra Angélico. «Jesucristo es la imagen perfecta de Dios, el esplendor del Padre; Jesucristo es la belleza inexplicable, uno de cuyos rayos se manifestó en la Transfiguración; belleza tan dulce y tan arrebatadora, á pesar del velo con que se cubrió en la Encarnación, que fué necesario quitar á los Apóstoles y discípulos su presencia sensible, porque el gozo de ella hubiera hecho demasiado fácil la virtud, y esta dicha está reservada para la eternidad.» Es necesario, pues, para alcanzar aunque remotamente esta belleza, es necesario añadir la inocencia á *la bondad*.

La inocencia atrae, la bondad retiene, la

bondad impide que la inocencia se haga fastidiosa y monótona.

Pero bondad es ésta á la que puedo á un tiempo mismo pedir sencillamente un favor, con la seguridad de que jamás seré rechazado, y de la que puedo esperar siempre inagotable indulgencia para todas mis debilidades.

Si la mirada de la persona cuyo rostro me ha atraído no me dice : *soy buena* ; si los labios sin pronunciar una palabra, pero con voz inteligible, no me dicen : *Eres bueno*, no encontraré bella á esta persona por mucho tiempo, y me apartaré de ella con sonrisa un poco triste.

La inocencia sin bondad es una flor artificial que cansa pronto ; la inocencia, junta con la bondad, es flor siempre perfumada. Así es como me represento á Jesucristo y á la Santísima Virgen María.



Lo que empaña la transparencia de un vaso colocado delante de una imagen, es también

lo que empaña la transparencia de un rostro: la niebla más ó menos espesa que no deja ver sino confusamente el cuadro, y la humedad que confunde los rasgos y apaga los colores.

Las nieblas del corazón son esas nubes que producen la ociosidad, la somnolencia, la idea fija. Ni el rostro es ya transparente, ni los ojos, ni los labios saben abrirse con franqueza, dejando irradiar la claridad cuando hay en el fondo del corazón un vago descontento del presente, y una aspiración cobarde y sensual á un porvenir de gozo.

—¿Queréis disipar estas nubes? Trabajad, aplicáos bajo la mirada de Dios, que así lo quiere, á un deber serio; no dejéis ningún intervalo entre vuestras horas, y que todas se llenen con el cumplimiento de un deber.



La humedad del corazón es lo que llamamos *mal humor*, que debilita los afectos, entristece las ideas, ennegrece todo el interior, impide ser indulgente, y por una consecuencia necesaria arruga la frente, contrae el ros-

tro, deja escapar de los labios palabras que se resienten un poco de brusquedad.

Hay un remedio contra el mal humor: la oración y la beneficencia.

Id á hacer un acto de caridad, id á llevar á alguno una palabra de consuelo. Arrojáos á los pies del crucifijo y gritadle: ¡Dios mío!.. vendrá á vosotros un rayo de alegría que detendrá las lágrimas prontas á correr, disipará la negrura de vuestra alma y volverá á vuestro rostro toda su serenidad.

Y seréis hermoso con esa hermosura celestial que agrada, que atrae, que encanta, que purifica y que eleva. La verdadera belleza produce todo esto.

## XXVI

### Tres miniaturas.

Están colgadas en los muros de un oratorio, adonde la madre cristiana viene todas las tardes con su familia á hacer oración.

Encima de ellas se muestra en su calma se-

rena y su resignación divina un hermoso Cristo de marfil, y debajo de ellas se ostenta una magnífica copia de ese fresco que lleva á Roma tantos visitantes: *Mater admirabilis*. La Santísima Virgen está sentada en su celdita, consagrada al trabajo; delante de ella un lirio acaba de brotar de su recto tallo, y nada más se ve... nada más de lo material; pero se siente que hay ángeles en esa celda; se siente que Dios está en el alma de María. La luz que ilumina la celda no viene del exterior; irradia á través de la modesta mirada de la Santísima Virgen: la fuente de esta luz está en el fondo de su corazón.

Y las tres miniaturas, obra de un pincel delicado, están colgadas entre la imagen de Jesús crucificado y la de María trabajando.



La primera representa un paisaje lleno de frescura y de vida; hermosos árboles, cuyas hojas, que casi se mueven, dejan pasar los rayos de un día puro, sombrean una espléndida alfombra de flores.—Allí está un grupo

de mujeres y de hombres, y una elegante del gran mundo forma el centro. Esta habla, atrae las miradas, domina, se cree la reina; así se adivina en la sonrisa de placer que brilla en sus labios... Y en el fondo del cielo azul se ven los ángeles tristes, que miran este espectáculo; algunos comienzan á cubrirse con sus alas para no verlo.

Y debajo del cuadro se leen estas palabras : « ¡ La mujer de *comme il faut!*— ¡ La mujer de mundo! — Graciosa, elegante, fútil, adulada, halagada , á punto de perderse. »

—

La *segunda miniatura* tiene también como fondo un paisaje que representa una grande avenida, deslumbradora, con ese tono ardiente y lleno de color que presta un hermoso sol de Junio.

Bajo un doselete de hojas y de flores, una mujer sentada está absorta en un libro, cuya lectura produce en su alma emociones que se revelan por la palidez ó brillo repentino de sus mejillas.

A poca distancia, los hijos de esta mujer, bajo la vigilancia distraída de una muchacha aturdida, se revuelcan en el fango, y parece que se ven en medio de ellos negras sombras quizá las de los demonios, asociándose á sus juegos. Una *extraña* no los ve; una *madre* los hubiera visto sin duda alguna.

Allá abajo, medio oculta por un tronco de árbol, vése llorando una pobre mendiga con un niño en los brazos. Cerca de ella está una obrera teniendo en la mano una hoja de papel arrugado.—Estos dos seres desgraciados revelan quizá escenas penosas; una limosna rehusada, una deuda cuyo pago se ha aplazado por la décima vez.

Debajo de este cuadro se lee : « ¡ La mujer *comme il ne la faut pas!* ! Olvidadiza, negligente, floja, dura, egoísta, culpable. »

—

La *tercera miniatura* tiene dos partes.— La primera nos representa el interior de una

1 Como no ha de ser.